



Cine

A seguir documentando

FERNANDO BRACHO

Rafael Duarte*

Cada 28 de enero el público venezolano celebra el día del cine nacional, conmemorando la primera exhibición de material cinematográfico en la historia del país

Aunque la historia del cine venezolano pareciera comenzar fácil, no fue tan fácil. Comienza un 28 de enero de 1897, tan solo trece meses después de la inauguración que hicieron los hermanos Lumière en París, cuando los hermanos Guillermo y Manuel Trujillo Durán presentan en el Teatro Baralt de Maracaibo las piezas: *Un célebre especialista sacando muelas en el Gran Hotel Europa* y *Muchachas bañándose en el Lago de Maracaibo*¹.

Y entre los años que siguieron unidos con la llegada de Gómez al poder dejarían un primer oscurantismo creativo en la nación suramericana hasta que en 1913 el extranjero Enrique Zimmerman², realizará el

primer largometraje de ficción, apareciendo así *La Dama de las cayenas* como un intento para iniciar tímidamente la industria del cine nacional.

Pero no fue hasta 1927, con la llegada del viajero y realizador francés León Ardouin, quien animará al gobierno de Gómez a crear el primer Laboratorio Cinematográfico Nacional³, que se comenzó a hacer un cine que documentaba solo actos gubernamentales. Sin embargo, seis años después, Efraín Gómez (sobrino de Juan Vicente Gómez) con otra visión de país, realiza *La Venus de nácar* (1931), convirtiéndose en uno de los primeros cineastas venezolanos que hace completamente un filme⁴.

Con la llegada de López Contreras al poder, se exhibieron *Taboga* de Rafael Rivero en 1936, primer filme de cortometraje sonoro del país y un año después *El rompimiento* (1937) de Antonio Pérez Delgado, primer largometraje sonoro de ficción; y el cine comenzó a hablar.

Pero fue hasta 1941 cuando aparece el novelista Rómulo Gallegos con *Juan de la Calle*⁵, su primer y único filme, inspirado en una historia popular, que más allá de intentar documentar la realidad del momento, buscaría reivindicar los tiempos perdidos de cine en el país.

Aunque a Gallegos no le va muy bien y llega repentinamente Pérez Jiménez al poder, aparece la coproducción argentino-venezolana *La balandra Isabel llegó esta tarde* (1949) de Carlos Hugo Christensen, que acompañada con *La escalinata* (1950) de Cesar Henríquez y *Araya* (1959) de Margot Benacerraf⁶ abrirían definitivamente el camino social que proyectaba el escritor como una forma de expresión.

Así, para los años 60 comenzaban a florecer una serie de documentales y cortometrajes de índole social que denunciaban los atropellos que vivía el pueblo venezolano: *Basta* (1969) de Mario Mitrotti, *La ciudad que*

nos ve (1965) de Jesús Enrique Guédez, o *Al paredón* (1970) de Franca Donda y Josefina Jordán⁷ que generarían en los cineastas posteriores toda una sensibilidad social.

Ya para los años 70, cuando emergieron cineastas de la talla de Mauricio Walerstein, Román Chalbaud y Clemente de la Cerda se comenzaba a definir *el nuevo cine nacional* con temáticas que abordarían abiertamente problemas como la pobreza, la violencia y la corrupción, y que serían bien recibidas por la población. Aparecen así *Cuando quiero llorar no lloro*, *El pez que fuma*, *Carmen la que contaba 16 años*, *La quema de Judas* o *Soy un delincuente* que sellarían significativamente una época dorada para el cine nacional.

Pero tempranamente la época de esplendor y de bonanza comenzaría a desfallecer pese a las mejoras técnicas y estéticas que ya se visualizaban en cada filme, pues lo que comenzó como un quehacer necesario para documentar ficcionariamente la realidad se tergiversó desde los años 80 hasta la actualidad y hubo en el cine venezolano una suerte de constructos estereotipos sobre lo bueno y lo malo, lo justo o lo injusto, el rico o el

pobre, que poco a poco fue desplazando los elementos socio-culturales reales de la sociedad.

Así, muchos de esos argumentos marcados por la temática violenta comenzaron a ser reiterativamente una suerte de documento aleccionador que pretendía enmendar los problemas sociales de la población, generando en el espectador venezolano el imaginario de un cine violento y doctrinario que parecía necesitar del barrio, de los malandros y la corrupción. Sin duda, ahora la crisis pasaba por la mirada del espectador.

En la última década el cine venezolano se ha diversificado temáticamente gracias a algunos noveles cineastas que se han propuesto como objetivo liberarse del imaginario de violencia y degradación. Sin embargo, pese a males heredados pareciera avecinarse una nueva etapa de oscurantismo creativo, producto de la fuerte crisis económica por la que está atravesando el país.

Haciendo retrospectiva desde las primeras proyecciones en el Teatro Baralt, queda recordar que hacer cine en Venezuela nunca ha sido fácil, pero no por ello es hora de desmayar; al contrario, la tarea sigue siendo documentar nuestros problemas, nuestras batallas y cada uno de los episodios de fealdad, propios de la sociedad.

*Licenciado en Educación mención Filosofía UCAB.

NOTAS

- 1 Varios autores (1997) *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Ed. Fundación Polar.
- 2 *Ibidem*. P. 819.
- 3 ACOSTA: "Laboratorios cinematográficos de la nación: 1927-1935". Revista *Objeto Visual*. No. 2. FCN. Caracas, 1995.
- 4 *Ibid.* Diccionario de Historia de Venezuela.
- 5 ACOSTA, J. (2010): *Rómulo Gallegos y el Cine Nacional. Estudios Ávila (1938-1942)* Caracas: Fundación Cinemateca Nacional.
- 6 Varios autores (1997): *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas: Fundación Polar.
- 7 *Ibidem*. P. 819.



TEAM POETERO